

BREVE MITOLOGÍA DEL CUERPO ORIGINAL

Victoria Vaccaro García

Premio Internacional de Poesía
Escrita por Mujeres "Ana María Iza" 2022

BREVE MITOLOGÍA DEL CUERPO ORIGINAL

Victoria Vaccaro García

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de
Investigaciones

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la
Casa Editora

Victoria Vaccaro García
Autora

Andersson Sanmartín
Diseño y Diagramación

Pablo Marín Calle
Ilustración de Portada

Impreso en:
Print Lab / Universidad del Azuay
Cuenca - Ecuador 2022

ISBN: 978-9942-847-96-6
e-ISBN: 978-9942-847-97-3

Julio 2022
Cuenca

Poesía en paralelo



Encuentro Internacional de Poesía
Paralelo Cero 2022
Director: Xavier
Oquendo Troncoso
Subdirector: Santiago Grijalva

© Victoria Vaccaro García, 2022

Prohibida la reproducción total
o parcial por cualquier medio,
sin previa autorización de los
propietarios de *copyright*

VEREDICTO DEL PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA "ANA MARÍA IZA" 2022

23 de junio de 2022

El Jurado del Premio Internacional de Poesía "Ana María Iza" 2022, conformado por tres poetas: Sara Vanégas Coveña y Juan Suárez Proaño de Ecuador y Ricardo Montiel de Venezuela, luego de haber realizado una atenta y detallada lectura de los 126 libros inéditos presentados a concurso, seleccionó 17 como semifinalistas.

El jurado evaluó minuciosamente los 17 libros escogidos y decidió, por unanimidad, otorgar el **Premio Internacional Ana María Iza**, en su primera convocatoria, al libro: *Breve mitología del cuerpo original* firmado con el seudónimo *Opalina Desirée Azucena Uva*.

A decir del jurado, este es un poemario con un lenguaje lleno de símbolos, muy sugerente, que dice y oculta al mismo tiempo. Cada uno de sus textos puede leerse de manera independiente y, a la vez, como parte de un todo complejo y revelador. Cada fragmento es una imagen, una pregunta, una desgarradura y una muestra de

que la autora toma conciencia de los instantes, las experiencias y los dolores que la condujeron a reconocer y a defender su feminidad, tema complejo y de difícil tratamiento en la poesía —por lo que esta es también una de sus virtudes—. El camino de conocimiento que emprende la voz poética la lleva hacia la pregunta y a la duda por lo biológico, hacia la experiencia del cuerpo, hacia la relación con «el otro» y su diferencia, hacia la violencia y la reconciliación de su identidad con el ámbito social y cultural. Es un poemario que nos enfrenta a la necesaria pregunta por aquellas heridas y triunfos que construyen la identidad.

El jurado ha decidido, además, otorgar una mención de honor al libro *Así ha de ser la ausencia,* firmado con el seudónimo *Antonella,* poemario de gran intensidad que logra, por medio de un lenguaje íntimo, a la vez que directo, convertir la ausencia devenida de un duelo en bellas imágenes que dialogan con los elementos de la naturaleza, la memoria familiar y la muerte.

Una vez abierto el archivo de datos, las autoras ganadoras son:

Premio Internacional "Ana María Iza": Victoria Vaccaro García (Ecuador, 1998). Poeta, mujer trans, feminista. Sus textos han sido publicados en el blog de la editorial Despertar, en las revistas Tangente, Pie de Página, Liberoamérica, Elipsis, Vuela Palabra y en el Periódico de Poesía de la

UNAM, figurando también en el octavo dossier de Poesía No Consagrada de la revista Granuja. Su primer poemario, *Árbol ginecológico,* fue publicado en el sello Minga Poética de la editorial Crímenes en Venus (Guayaquil, 2020) y en Libero Editorial (Madrid, 2021). Actualmente cursa la carrera de Literatura en la Universidad de las Artes.

Mención de honor: Marinés Scelta es profesora de Lengua y Literatura y tallerista en "La raíz en la roca". Forma parte del colectivo literario y feminista "Write like a girl", cuyo objetivo es investigar y difundir la literatura hecha por mujeres y disidencias, y la creación colectiva. Publicó *Saber lo que se pierde* (Ed. Peces de Ciudad, Buenos Aires, 2016) y *Otros territorios posibles* (Ed. Elandamio, San Juan, 2021). Participa, además, en el programa radial "Restos Diurnos", con la columna "Los ritos", sobre poesía contemporánea.

Finalmente, el jurado calificador reconoce la calidad de las obras presentadas al Premio Internacional de poesía escrita por mujeres, Ana María Iza, y destaca la diversidad de lenguajes y propuestas de los títulos presentados.

Firman para constancia,

Sara Vanégas Coveña
Juan Suárez Proaño
Ricardo Montiel

BREVE MITOLOGÍA DEL CUERPO ORIGINAL

Victoria Vaccaro García

***

Esta luna que me acompaña desde la noche de mi nacimiento, imposible blancura. Escalé las vértebras, las dóciles costillas de mi madre para tenerte diosa navegante de la oscuridad. Desde mi origen, ya traía lirios enterrados en la boca. Al ser arrancada de los delicados jardines, al respirar el aliento de los hombres, abrí los labios, escupí lirios, la sangre empezó a agitarse dentro de mí como una tormenta, como un pecado. Y tú seguías inmóvil en lo alto de los cielos, impasible, con un espeso velo de gasas y serafines cubriéndote los senos, la desnudez.

***

Desde el vientre oculté mi sexo,
mi primitiva vergüenza. Cerré las
piernas, encogí los pies; mis manos
eran hojas, ramajes, nubes carnosas
y rosadas contra los diminutos
testículos. Fuera de mí, oía a mi
madre, a la abuela, a mis hermanas
moviendo alegremente las sedas de
sus faldones, lazos de terciopelo,
bellísimas flores de organza.
Gritaban que nacería otra niña,
otra mujer, una heredera para sus
cunas, para sus peinetas de marfil.
Yo cerraba más las piernas, estrujé,
quise arrancarme de entre las carnes
este maldecido fruto, matar al padre.
Y mis huesos temblaban, débiles
talismanes.

***

Las mujeres me vistieron por
vez primera, usurparon el pudor
con sábanas de algodón, con
pañales de lino. Sobre mi cabeza
derramaron aceite de magnolias,
me abrillantaron el rostro y la piel
con aquella tenebrosa unción, con
los ritos de su fe. Todas me miraban
con lágrimas en los ojos: yo era
la promesa, sucedió el milagro,
sobrevivió la casta para los próximos
siglos. Encendieron las velas que
habían guardado para los santos,
cortaron crisantemos del jardín y
cantaron canciones de cuna como
alabanzas.

***

Ribetes azules de seda me secuestraban en la ancestral cuna. Yo gritaba de hambre, delirando por un nombre que no era mío: animal de monte alcanzado por la flecha, opacado en el sol del día de su muerte. Las suntuosas carceleras me envolvieron en sus brazos, me llevaron hasta mi madre en procesión, hacia su aposento de huesos y cristales donde me esperaba. Ella me hundió su seno, duro topacio, entre los labios. Fui sumergida en el primer éxtasis.

***

Era la natividad de Cristo, el idolillo de roble y de vidrio que me miraba tristemente entre la paja. Las mujeres y los hombres enverdecían la cocina, la mesa, los dinteles y las ventanas con el pino recién traído del bosque, sacaban los manteles y los vinos celebratorios de lo profundo de las bodegas. La casa estaba ornamentada por el rojo del fuego y de la sangre: era como un enorme altar que ya había recibido el sacrificio. Todo olía a fuego, a sangre, a bestia quemada, al fermento de las uvas. Los labios inmóviles del niño se quebraban en permanente sonrisa. Procuraron muchas cosas para los deliciosos festivales menos un vestido, un abanico, unas sandalias para la estatua desnuda.

***

Contemplé en silencio las ceremonias del agua. Los chamanes se arrodillaban, encogían sus manos, las hundían en la ribera, elevaban plegarias. Luego se bañaban unos a otros, se quitaban las túnicas, abandonaban sobre la orilla sus ornamentos de plata, sus tocados de pluma de faisán, sus perfectos anillos. Veía aquellos cuerpos: parecían engastados en lágrimas, perlas, leche de una diosa-madre-incestuosa. Los vi bailar hasta la medianoche, cuando fueron a apagar las fogatas.

***

Mi madre me enseñó las íntimas revelaciones. Cuando hablaba, formaba ensalmos sobre el aire, bordaba el insondable destino de las cosas, creaba diminutas presencias que ahora deseo y contemplo como si siguieran vivas. Alzaba los brazos, los agitaba vigorosamente; sus dedos parecían dirigir el principio y el ocaso de las migraciones, la fragilidad de los reinados, el insoluble destino. De ella aprendí a manejar el oculto movimiento de las lenguas. Con ella descifré la invención de mundos, a modo de los dioses.

***

Mis hermanas, dos sutiles princesas. Cada una gobernaba un ojo de mi madre: Ivanna el derecho, Janella el izquierdo. En las primaveras, muy temprano, solían dirigirse hacia las florestas, con sus canastas, a vendimiar las ciruelas recién nacidas, a mirar el sol. Yo me escondía entre las buganvillas para envidiarles los vestidos y los cabellos. Todo el día anhelaba sus sombreros de mimbre, sus piernas cubiertas por medias blancas con crisantemos bordados por la abuela. Llegada la noche, mientras ellas soñaban con ángeles y virgencillas de porcelana, yo escapaba a los patios de la casa vestida con sus sedas, con sus esplendorosas medias, soñando, despierta, hasta el resplandor.

***

Escondí una muñeca risueña entre los libros. Comía conmigo en una taza de jaspe labrado. Arranqué unas hojas de albaca y unas violetas para que no añore los perfumes del jardín. De algodón y retazos de mantilla le fabriqué una cama. Me suplicaba que no la dejara durante la noche, que le hiciera trenzas antes de dormir. Yo le dije: *es imposible, imposible, mi lugar es otro.* No compartiría los brazos de mi madre. Y corrieron por sus mejillas agudos diamantes, diminutas dagas preciosas.

***

Estaba sola, con un niño de platinados rizos, sola. Jugábamos con flores de papel y pajaritos disecados, hacíamos bosques sobre la inocente cerámica, erguíamos cielos imaginarios. Hacia nosotros vino, como aparición, un animal siniestro (no sabía si era pantera, tigre de montaña, o un monstruo de ébano, de esos que sucedían). Se abalanzó sobre mí. Sentí sus dientes de ópalo, su vientre masculino, sus uñas surcándome los paraísos de la espalda, arrancándome la sangre. Nada más.
Me descubrí abierta sobre aquel nuevo mar de profundas camelias. Dos espíritus de vírgenes tendían sobre mí sus fúnebres santuarios. Así conocí al hombre.

***

Mis manos se juntaban para la oración vespertina. La hermana de mi madre nos reunía alrededor de la hoguera, nos hacía arrodillar ante el fuego. Éramos, como en vidas anteriores, vírgenes vestales tendiendo a la ardiente diosa, mujeres ofrendadas sobre el ara de la tierra, adivinas del silencio. En eso llegaron los ancianos trayendo consigo las mitras, las diademas. Venían de los mataderos. Atrás de ellos venían sus hijos con cabezas de palomas, huevos, entrañas oraculares. Había que elucidar la vida, la muerte.

***

Un ángel me guio hacia las cavernas sagradas donde habitaba el crucificado. Sus heridas supuraban rubíes, granates, fulgurantes peces. Yo me acerqué con un cáliz para recoger alguna piedra preciosa, algún animal de sangre. Pero todo lo que pude alcanzar fue un ojo de dios ennegrecido.

***

Vinieron ilusionistas al valle de los cóndores. Desmontaron sus carpas, sus doradas lunas, sus banderas azules; bajaron de los carruajes tristes mujeres contorsionistas amarradas junto a leones y elefantes. Los vecinos, al enterarse, fueron con antorchas, vestidos de tules, de terciopelo, a presenciar el espectáculo. Algunos tenían deseos de llevarse a las contorsionistas, hundirles zafiros en los pezones, adornarlas con guirnaldas de semen. Otros miraban con sigilo el ondeo de sus cabelleras. El enjambre de niños alegres, tiranos, gritaban para que saliera el mago Arnolfo y su séquito de hadas. Y emanó de entre los telones, por fin, al acabarse las hilarantes festividades. Dio rienda suelta a su pléyade de ensoñamientos, por un instante nadie osó apartar los ojos hasta que aplaudió tres veces, tembló la tierra, se inauguró el infierno.

***

Mi tía Lilí caminaba como el fuego. Frente al espejo se prendía la cabellera, las uñas, los labios, las pestañas. A veces parecía un serafín, de esos que engendran volcanes en el ombligo de la tierra. Otras veces parecía hechicera, adivina, serpiente coronada. Supe que se alimentaba con rúculas, codornices, vírgenes, carne tierna. Y que llevaba, entre los senos, la rosa de la resurrección.

***

Recuerdo la heredad de mi padre, su lóbrega arcilla. Los árboles recién aparecían entre la maleza cuando llegué, a mis siete años. Recuerdo aquel cielo: me amenazaba con centurias de nubes, halcones, paraísos atestados de muertos. Busqué refugio entre las gallinas. Era la época del apareamiento. Sus plumas, como almas, cubrían el suelo, las piscinas. Yo me coloqué bajo los últimos nidos, al fondo, para no oír el resuello de los gallos, su violenta procreación. Agarré algunas hojas secas, rápidamente inventé una máscara. Pero al verla sobre mi rostro se acercaron todos los animales, lascivos, copularon frente a mí. Ellos me engendraron incipiente sacerdotisa del instinto.

***

Ya era la Pascua, la Semana Santa. Mi abuela peinaba a Cristo para su entierro. Sus manos de nácar, traslúcidas, trenzaban amapolas de tela y doradas palmas en su corona de espinas; le perfumaba con mirra y otros gravosos ungüentos para que la sagrada criatura no percibiera el hedor de la tierra, de la roca, de las lámparas luctuosas. Adornado con espléndidas mortajas, las heridas recubiertas de primorosos hilos y linimentos, Cristo fue sumergido a la cripta, al inframundo. Las mujeres aguardamos, todavía, su regreso de entre los muertos.

***

La noche cubrió el huerto,
súbitamente. Los laureles ardían.
Frente a ellos desnudé espalda,
cintura; me cubrí de las fragantes
cenizas que arrastraba el viento, de
las primeras brasas. Clamaba, de
rodillas y absorta, clamaba. Tenía
los dedos cubiertos de amatistas, de
turquesas, de ominosas esmeraldas.
Al fin, pasó a mi lado el que tenía
que pasar.
Y me traspasó con un dardo de
oro, fino, largo. Sus ojos ya no los
recuerdo.
Sentí amor.

***

Los lobos corrían histéricos hacia mi blanca pesadilla. Eran una aparición incesante. Mi tía me arropaba con ramos de lavanda y eucalipto que había recogido por la mañana, para que ningún animal o espíritu irrumpa las maderas del lecho. Quemó incienso, adoró a sus dioses, invocando la protección de alguno de ellos frente al invisible tabernáculo. Se detuvo el aliento de los campos, el jolgorio de los pájaros. Ella hablaba.

***

Mi padre, ladrón de clavelinas, iba por los senderos del jardín. Ante el rumor de sus pasos despertaron las guacamayas, batieron sus alas, dieron señales para que no escapara con los retoños que llevaba escondidos bajo la lengua. Ninguna supo que en el sayal encubría un artefacto antiguo, ignoto, para disolverse entre las madreselvas. Pero yo lo vi, sonriente, como en los fragantes navíos que retornaban al país natal, a la niñez, a la hierba. Fugitivo.

***

Los broqueles sagrados, el vientre. Se libraban guerras bajo los surcos ensangrentados del anochecer. Las tiendas de aquellos desconocidos soldados, extendidas sobre la inmensidad del valle, irrumpían el verdor de las colinas donde hace siglos se adoraron los planetas. Después de convocar al descanso, el cuerno enmudeció, las voces se disiparon, los gemidos de amantes abandonaron las gargantas de sus dueñas. Entonces, fue en el silencio mayor cuando cruzó un príncipe travestido hacia la orilla de estas aguas. Y escapó con las sirenas hacia las iridiscentes catedrales.

***

Ha llegado la hora del florecimiento. Los naranjos, afuera, están quejumbrosos, excitados. Van desprendiéndose de sus ramas alelíes para las frentes de las novias, para las bocas de los no nacidos. Estoy abajo, tendida y abierta, imaginando el correr de la menstruación, el dolor de las entrañas, rojo vivísimo. Mañana encontrarán las sedas embriagadas de mi íntimo vergel, del más antiguo vino de la tierra; perfumada estaré por los flujos que me señalarán madre de los presagios. Eso lo repito como una jaculatoria, como un poema. Cierro los ojos. Hundo florecillas blancas en mi vulva ausente, lloro, nada pasa. Estoy colmada de salvias fragantes, de rubios pistilos. Solo el lejano sonido de una sangre que corre rezuma por el aire. Y los alhelíes.

***

Dos atormentados duraznos, mis senos no concebidos. Los busco siempre con las luciérnagas y los saltamontes que vienen a poblar las acacias durante el verano, con los gladiolos que emergen de la humedad, rosadísimas vaginas. ¿Con qué amamantaré a hijos, amantes, a las rencarnaciones de mi madre? ¿Quiénes serán testigos de las deliciosas profanaciones? Hurgo en los ocultos sitiales, en las grutas, en el corazón de los vergeles. Algún día aparecerán, despertarán. Los siento prontos, prestos. Mis dos ovalillos de dulzura.

***

Frente al dios espejo me acuso.
Traiciono la súbita máscara que
tendió para mí.
Ninguno la ha visto. Nadie la
conocerá.
(En él estaba mi sexo, humano e
inhumano, relumbrando como un
relicario).

***

Entré a los áureos aposentos. En
el lecho estabas, espeso, delicioso,
nimbado de varillas de nardo y frutos
extraños. Te habías puesto así para
la vigilia. Del este, del oeste, vendrán
a adorarte; con diademas y cálidos
licores celebrarán tu soberanía,
tu cetro de rubíes. No resistes la
urgencia de sus cánticos, el clamor,
las sexuales emanaciones. A tus pies
dejarán, como antes sus precursores,
dolientes ópalos, uvas, trigo, néctares
de lujuria, de delirio. Y exuberantes
magnolias para copular.

***

Te transfigurabas entre mis dedos. Tus músculos de harina escapaban hacia mi boca, se blanqueaban en mi vientre. Arribabas a mi sangre para las salvajes estaciones. Algunas veces te llamaba dios, sobresaltada. Parecía que no acabarías jamás.

***

Custodio de los ríos, guardián de la noche, me tenderé a tu lado. Déjame sentir en el ritmo de tu sangre la música que te concibió durante los luminosos festivales. Haz nacer en mis entrañas un pequeño difunto, un niño inmóvil, para que no cesen tus ojos entrecerrados por la fantasía, serenos como ánades, feroces tulipanes. Despójate de los navíos delirantes, de las estatuas de tu conquista, de las nieves que arroparon el corazón de los volcanes. Soltaré en tus vísceras jaurías de orquídeas y bromelias, sembraré en tu cuello castañas silvestres; quiero ser llanura natal en la que desciendas para las insólitas guerras, manzana y breve arco iris para tu pecado.

***

Eras cazador en los montes. Tu alforja, bajo la dulce lana, escondía zarzamoras, capulíes, lúcumas maduras, hojas de eucalipto. Todo tu cuerpo exudaba vapores de vino dulce, como si te hubiesen vendimiado de los huertos monásticos. Fuiste con el sol y regresaste con la luna. Con el rostro enhiesto de alegría, me mostraste el fruto de tus arcos: érase negro, majestuoso, del color de la noche. Su sangre manaba fresca todavía por los puntos de las flechas. Tomaste un cuchillo para arrancarle las garras plateadas y hacerte con ellas una armadura. Luego le cortaste las alas, arropaste con ellas mis pies. Y me inundó el calor de sus brillantes plumas, de su piel arcana. Me dijiste: *cuando matas a un cóndor, matas a un dios.*

***

(Juan)

En difusas geografías dejaste el ritmo de tu peregrinación, pálido migrante. En esta y en muchas otras amalgamas pulsaste tus etéreos pasos, dejaste huella, levantaste pequeños monumentos como ritual descendencia para nunca acabar las fiestas de la amada lujuria. En mí te detuviste, un instante. Me puse a contar cada luna que se ha posado en tu piel desde tu nacimiento, allá, en la tierra del musgo, de las altas montañas, donde las achicorias estallaban feroces para morir, luego, en un blanco desenlace. Toda la noche hicimos de la noche un territorio innombrable. Toda la noche evadimos los futuros éxodos, los vientos, el azar.

***

Concebí los ritos del hambre para
encontrar tu sombra.
A veces venías, durante la lluvia, con
tu pléyade de iguanas profetas.

***

Por los senderos de la casa estaba yo,
inquieta, con el corazón en llamas. La
noche se esparcía como un manto terrible
mientras subía hacia los huertos. Entre
mis pies, mi gris guardiana conjuraba
a las frutas, disipaba a los murciélagos,
presentía. Algo más iba a aparecer. Alguien.
Y así, en la brevedad de una invocación,
un hilo de alucinante blancura atravesó mi
falda, mis rodillas, huyendo.
Liebre Virgen, Virgen Liebre, Blanca Sombra,
grité.
Me miró un instante, con el rostro de dios.
Liebre Santa, Santa Liebre, Leve Brillo...
Quería que me llevara lejos. Hacia sus
palacios de turquesa, de ópalo.
Quería que me enseñara sus máscaras de
dios.
Carne de flor y las divinas menstruaciones.
Los demenciales perfumes.

***

Vienen, ya vienen por el cielo los
caballos verticales, sus jinetes, sus
vertiginosas lanzas, resplandecientes
y sensuales. A hondar, entre
corazones de frutas, los edenes
que perdieron durante el exilio.
Sus pisadas dejaban rastros de
incienso, humaradas, constelaciones
ambiguas. Recién habían incendiado
el país de la muerte.
Después de recorrer todo árbol, raíz,
arbusto, encontraron solamente
ovarios de niñas bajo las hojas.
Los pelaron como rubias ciruelas,
carnales, jugosas, casi vivas.
Comieron. Bebieron. Y galoparon
enseguida de vuelta. Hacia la
ineludible mañana.

***

(Haré)

Tu nombre y el tibio suceder de las cosas, del silencio, de aquello que jamás se dirá.

Podrías regresar, encontrar en tu almohada la corona de flores, el velo, la maravillosa imagen.
Si no aparezco, es que no estoy y ya.
Yo te arrancaría de otro vientre, te amamantaría con la apesumbrada belleza de otras vidas.
Si no aparezco, es que no estoy y ya.
Te volviera a llamar cordero, ósculo, grieta, hoz, ángulo, hombre, mujer, páramo, umbral.
Si no aparezco, es que no estoy y ya.

(enciéndeme una cicatriz)

***

Extraña fue aquella noche, la de la muerte del abuelo. Estábamos lejos. A la medianoche se escuchó la severa resonancia, las campanadas, desde lo hondo de las tinieblas. Nadie lloró. Entonces levantamos vigilia las mujeres de esta casa, todas, sin exceptuar. Buscábamos las lágrimas, los cuencos de plata, las ramas de acacia para embalsamarlo. Sus ojos los pusimos en un frasco de aceite para que no cese la contemplación. Justo antes de iniciar la aurora, nos sentamos en círculo alrededor del altar. Conversábamos, entre nosotras, en el idioma de las viudas.

***

Lo iban a llevar cuatro ángeles
al huerto de los olivos, donde
se entierran a los varones. En el
pequeño cofre ya iban apagándose
los huesos, ligeros y parpadeantes.
Nada me podía decir. Su voz, hecha
memoria, clamaba ante mí: *tengo*
hambre, tengo hambre. De mi valva
brotó una guinda, un coágulo,
imperiosa fruta. Descendió en
perfecta madurez. Lo escuché
morder, masticar, sonreír. Con su
boca desaparecida.

***

Pasaron los meses, los siglos. La tía siguió al abuelo en el oculto tránsito. Se había escondido de nosotras para morir, bajo las hiedras. El aroma a palosanto nos indicó su ascensión. Sus pezones, perfectos y redondos, lloraban una miel opaca, muy fragante, que llamó la atención de las hormigas. Enseguida llevaron hojas, brillantes piedrecillas, pétalos de lobelias y campanillas para erguir sobre ella su basílica de azúcar. Trabajaron doce jornadas, sin descanso. Y veíamos con asombro el esqueleto siendo adornado para los cultos.

***

(Letty)

Tía, eres tú, amortajada de nísperos.
Cuelgan de ti como arrebatadas lunas,
como los frutos de la muerte.
Tus cabellos ya no se alzarán
para transgredir el pálido horizonte
donde emergiste por primera vez,
en los arenales maternos.
Se apagarán los fogones,
te llevarás los confites,
en la fuga asaltarás los enebros,
las jaulas, los canarios.
Romperás una brecha en los cielos.
Las uñas te brillarán como estrellas.
Desde allá celebrarás tus fantásticos
funerales,
feroz y dulce, incitadora de las nubes.

***

Iba a amanecer. Las lenguas
afloraban en misterio. En mi sangre
se avivaba el incendio de la estirpe,
estaba en su grado más alto, en la
cúspide de la purificación. Todas
las mujeres habían marchado,
más allá del mundo, dentro de mí.
Anhelaban el día de la gloria. Yo las
llamaba a cada una por su nombre:
Leonor, Gisela, Lidia, Magali, Lilí,
Venus..., pero se cubrían de gasas para
que no las alcanzase, por si viniera el
día de la gloria.

Inicié las carnales misas. En las capillas interiores levanté cirios, laureles, divinidades agrestes. El murmullo de las invocaciones alcanzaba a tocar la niebla, corrompía las máscaras y los sexos de los ángeles, iba hacia el torso desnudo de dios. Nadie sabía cuándo sería el día de la gloria. Atravesé selvas de jade, frondas de esmeraldas, sexuales veranos. Quería conjurarlas a todas, que vinieran, sí. Sombrías y doradas.

El día en que ellas brotaron desde el corazón sediento de las llanuras, lo evoco vívidamente: dentro sus vestidos danzaban antiguos astros envueltos de colores; migraban de un meridiano a otro, entre las venas, irrumpiendo sus vaporosos senos. A veces no las dejaban amamantar a sus hijas. Giraban impasibles, como si de pronto fuera a ocurrir. El día de la gloria.

Cuando eran las fastuosas verbenas,
salían a la calle con los cabellos
adornados de magnolias. Destilaban
esencias. Yo las recogía en cántaros
de cobre, en minúsculas vasijas que
fabricaba el abuelo. Iba corriendo,
alegre, a encender las lámparas.
Y celebrábamos como si hubiera
estado ya aquí la Novia con su
inmaculado vestido y sus cristales.
La enviada del día de la gloria.

Ya no están. Lidia, Lilí, Magali, Leonor, Venus, Gisela. Sus ojos de acicalados cisnes. Las siento vibrar, ahora, gozosamente, entre virginales labores. Han inventado fieras, lirios, coronas. Para que juegue, sí. Han bordado túnicas, brocados, sábanas, todas de irreparable blancura. Para vestirme, sí. Preparan el día de la gloria.

La madre está pronta. Va a partir. Hacia el remoto cielo de mis vísceras. Mi pequeña, sagrada señora. Me dice: *Ya está el límite, ahí, la línea casi invisible.* Me señalaba algo en lo alto, un poco más acá del equinoccio. Lo reconocí. Ese era, al fin, el día triunfal, la gran epifanía. Rápidamente nos levantamos, como en los tiempos del destierro. Comenzaba la última visión, la emoción última. Era la hora de la gloria. Nuestros cuerpos estaban en punto, bullían, rebrillaban, se agudizaban, rompiendo las ataduras de otra vida. *Vamos al gran día, sí. Vamos a los días de la eternidad.*



ANA MARÍA IZA
(Quito, 1941-2016)

Es una de las poetas más reconocidas e importantes del Ecuador. Licenciada en Ciencias de la Comunicación, ejerció su labor de periodista sobre todo en la radio. Consta en las más importantes antologías de Ecuador y América Latina.

Obtuvo importantes premios nacionales con su obra poética como el Premio Nacional de Poesía *Ismael Pérez Pazmiño* convocado de Diario "El Universo" de Guayaquil en los años 1967, 1974, 1984 y 1995; Premio único de la séptima edición de *El poeta y su voz* (Manabí, 2003); Primera bienal de poesía Juegos florales (Ambato, 1995).

Su obra poética está contenida en los siguientes volúmenes: *Pedazo de nada* (1961, 2da. Edición, Caracas, 1963), *Los cajones del insomnio (1967), Puertas inútiles* (1968), *Heredarás el viento* (1974), *Fiel al humo* (1986), *Reflejo del sol sobre las piedras* (1987), *Papeles asustados* (1994), *Herrumbre persistente* (1995), *Papeles asustados* (2005), *Poesía Junta* (Antología, 2009), *Mi corazón contra las piedras* (Antología, 2015) *y Rosa Desbocada* (2016). En el año 2015 fue homenajeada por el Encuentro Internacional de Poetas Paralelo Cero y condecorada en el 2016 por la Asamblea Nacional del Ecuador.

Breve mitología del cuerpo original decanta la crónica del nacimiento de la voz lírica y la génesis de otras/otros que la habitan.

Nos aproximamos a una voz posesa que a través de alegorías poderosas ensaya el culto a la estirpe, y a la festividad de la existencia para atravesar entre ceremonias de aguas frondosas, la desgarradura de estar y ser en el mundo.

Un viaje por los campos de la infancia, por el ritual del crecimiento y por territorios a los que nombra con delirantes imágenes. Sacerdotisa que teje en sus entrañas una música sagrada: el cuerpo develado, la fisura que engendra el desbordamiento y la construcción de un yo dividido.

La poesía de Victoria Vaccaro García surge de una identidad que centra su poder en la mitología original y se enfrenta al fantasma con un lenguaje urdido de símbolos.

Maritza Cino Alvear

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora | Poesía en paralelo 3.0 | Solanger Editor

ISBN: 978-9942-847-97-3